EL LIBRO DEL DISCÍPULO

por ELIAS GEWURZ

BIBLIOTECA GNOSTICA
BUENOS AIRES

PREFACIO

"Los que nunca comieron su pan " mojado en lágrimas; los que nun-" ca te han sentado en sus camas du-" rante las largas noches invernales " llorando, no conocen el poder de " Dios."

Goethe.

Muchas veces nos han asegurado tanto los amantes como los compradores de libros, que si éstos deben razonablemente interesar al lector hoy en día, deben poseer lo que se llama "el elemento hu-mano" — es decir, que deben ser libros vivientes y tratar de cosas vivientes. Las simples teorías y doctrinas pertenecen a los días que ya pasaron.

Si un libro debe interesar al hombre emprendedor en esta emprendedora edad, debe ser nn documento humano en el sentido real de la palabra.

Las páginas que siguen llenarán esta expectativa, por la sencilla razón de que contienen las memorias de una batalla singular librada contra poderosas huestes, por un luchador solitario, sobre el que pesaba un karma abrumador, como resultado de sus vidas pasadas.

Van estas páginas con la oración de que puedan ayudar a las almas en su combate y que sean páginas sanadoras donde quiera que se necesite auxilio y curación.

Elias Gewurz.

Las Palmas, Gran Canaria, marzo de 1914,

"He descubierto que el alma del hombre se pu-"
rifica de sus elementos más groseros y se liberta
"de todo lo bajo y ruin, mediante una sola cosa,
" y esa es el sufrimiento.

"Por supuesto, la Gracia de Dios existe, pero
" ésta sólo la conoce el alma que ha sido preparada
" por el dolor para recibirla."

(Del discurso del Filósofo Viajero con el Rabino Elea-zar.)

Rabi Simeón Ben Jochai se encontraba muy enfermo y sus discípulos estaban en torno de su lecho, escuchando las palabras de sabiduría que brotaban de sus labios, en medio de la agonía. Sobrecogido a la vista de sus sufrimientos, uno de ellos le preguntó: "Rabí, ¿por qué un alma pura y santa como la tuya tiene que sufrir semejante agonía?" Y en seguida, una voz de las esferas (Bath-Kol, según la llaman), se oyó que decía: "No discutáis la sabiduría de Aquel que sabe mejor que la carne y la sangre. Es Su Voluntad y Su Voluntad es ley, y la ley decreta que se mantenga el equilibrio tanto arriba como abajo; aquellos que están a punto de entrar en la gran dicha deben primeramente participar de la amarga copa, y aquel que debe ver la gloriosa luz debe pasar antes por las tinieblas de la noche."

(De las Leyendas Hebreas; antiguo manuscrito de la sec-cion Oriental del British Museum.)

I

LA OBSCURA NOCHE

> "La llegada de "la obscura *moche"* "
> es anunciada por muchos cambios "
> de la constitución del hombre, y sú-"
> bitamente el alma descubre que ha "
> sido privada de sus hermosas y pre-"
> ciosas vestiduras, tejidas con tanto "
> esfuerzo en sus días inmaculados e
> "inocentes."
>
> *La Qabdáh.*

Los místicos de todas las edades han escrito acerca de la obscura noche y las terribles experiencias que sufre el discípulo que pasa por ella. Por lo que toca a su duración exacta y al tiempo en que sobreviene en la carrera del aspirante los casos difieren. Dependen, evidentemente, de la vida pasada del alma individualizada y de las lecciones que haya aprendido durante sus estadas anteriores en la tierra. Es una experiencia común, durante este pasaje a través de la obscura noche, que todo se vuelve contra nosotros; hay un sentimiento d« vacío, de absoluta soledad. Parece como si todo marchara mal y ya no hubiera razón alguna para seguir viviendo; y muy afortunado es el discípulo que no ha perdido completamente su asidero en la vida, al llegar a este estadio de experiencia particular. Su tarea entonces es la de arreglar sus cuentas y pagar sus deudas kármicas. Es en este estadio

donde oye "la voz del Darma" impulsándolo al arreglo final de todas las deudas pendientes. Feliz el hombre que obedece prontamente, porque evitará muchas caídas y se ahorrará muchos sufrimientos. El testimonio de todos los que han pasado por la obscura noche comprueba que es una ordalia que está más allá de la capacidad del alma humana para soportarla sin ayuda, y, por lo tanto, se nos dice que, en el momento de entrar en ella, los poderes celestiales rodean al discípulo para ayudarlo en su peregrinación. Sin embargo, no se hacen visibles ni indican en forma alguna su presencia o poderes a la conciencia ordinaria de vigilia. El auxilio que prestan se lo dan al alma para ayudarla a soportar su carga y llevar a cabo el trabajo de la purificación. Frecuentemente el hombre se pregunta cómo pudo soportar todas esas ardientes pruebas por las que pasó; bien poco sabe de toda la afectuosa atención y cuidado de que ha sido objeto, de la tierna solicitud que se le ha prestado. Manos invisibles han guiado, voces inaudibles han prevenido, y un amor inexpresado ha caldeado y sostenido al alma a lo largo del camino, pero a su mente normal no le fué dado conocer el conocimiento así transmitido, porque la ley que gobierna la evolución espiritual lo ordena así por muy buenas razones. El hombre de mundo, que no ha entrado en el sendero y cuyos principales intereses están ligados a las cosas del tiempo y del espacio, ve su naturaleza purificada por esas mismas cosas: lentamente, gradualmente, la vida de la especie humana es purgada y refinada. así como elevada de plano en plano, mediante la revolución de los ciclos. Pero con el discípulo que se ha salido del camino trillado y se ofrece a sí

mismo como servidor, la cosa es completamente diferente; la purificación gradual del hombre no serviría para él, y el proceso tiene entonces que ser acelerado. Y es este aceleramiento del trabajo purificatorio el que se manifiesta como dolor y discordia en la vida exterior.

Mirado desde este punto de vista elevado, este estado no es más extraordinario que la hinchazón que acompaña a la curación de una herida. Es dolorosa mientras dura, es verdad, pero al final resulta beneficiosa: las substancias extrañas son expulsadas y la Naturaleza provee un medio para su salida con lo que conocemos como inflamación e hinchazón. En la vida del espíritu sucede lo mismo; las viejas propensiones de la mente inferior y de los deseos tienen que ser desarraigados y toda la corriente de la vida debe ser vuelta en dirección opuesta. Este es un proceso sumamente penoso. Es como hacer que un río fluya contra su gravitación natural. No hay, pues, de qué admirarse si la pobre alma se siente desequilibrada mientras todos estos reajustes se están efectuando en sus cámaras internas. De ahí que se llame al tiempo que dura este proceso "la obscura noche' . La luz con la cual el hombre ordinario guía sus pasos, ha desaparecido para el discípulo, pero la nueva luz todavía no ha surgido en él. Tuvo un vislumbre de ella cuando por primera vez puso su pie en el umbral, pero sus ojos no pueden contemplarla en su plenitud hasta que toda su naturaleza haya sido transformada. La transformación de su naturaleza tiene lugar durante esa obscura noche espiritual, y si se mantiene fiel a la visión que tuvo y ordena su vida de acuerdo con ella, a pesar de la obscuridad, entonces vi-

vira para ver cómo se realizan todas las cosas maravillosas de que se le habló al entrar en el sendero, y todos sus llantos que duraron toda esa noche, se cambiarán en profunda felicidad al llegar la aurora. "Crece como crece la flor", es un consejo muy apropiado, dado a todos los que caminan pot el sendero; la flor no tiene conciencia de sí misma, ni lucha ni se preocupa, y así sucede con los lirios del campo que no hilan ni tejen, a pesar de lo cual ni Salomón con toda su gloria estuvo tan bien vestido como ellos. Las ansiedades y las luchas, la inquietud y la preocupación, son simplemente incidentes del estadio humano de desenvolvimiento; cuando se pasa más allá de este estado, todo eso desaparece porque no es natural en los planos superiores. El discípulo que se prepara para esta entrada en los mundos espirituales, durante el período de transición, debe cuidarse de los síntomas agudizados de sus debilidades pasadas; cuando la mentalidad inferior empieza a sumergirse en los principios superiores, los gritos de los cuervos son muy fuertes. Se debe imitar el ejemplo que nos da la flor al dejar que la obra universal de la Naturaleza sea la que opere en ella; si se deja que la plasticidad de la mente se impresione con las influencias que la rodean en forma natural, aceptando lo bueno y desechando lo malo automáticamente, sin pensar, entonces uno crece como crece (a flor, evitándose asi el peligro gravísimo de caer en la octava esfera donde se destruyen y descompone» las mentalidades.

La inocencia del niño y la inofensividad de la paloma son dos principios que deben inculcarse en la gente profundamente, si buscamos la regenera-

ción. Toda la capacidad intelectual del alma no la salvaría del desastre en el mar intenso, sin límites, de la vida interna. Como un niño debe confiar en la Visión y, al obedecerla ciegamente, comprobará que es un manantial real de fortaleza, que salvará al aspirante de una hueste de enemigos tan crueles como sutiles, y tanto más poderosos cuanto que la mente ordinaria ni los ve ni los conoce. La obscura noche es la hora de la caza para una multitud de espíritus inferiores, que hacen su presa en los pobres aspirante que penetran sin la necesaria preparación, con todas su debilidades y fallas morales aún pegadas a ellos. Hasta la más insignificantes debilidad puede convertirse en grave amenaza para el discípulo, cuando ya ha avanzado mucho en el sendero. Es como una grieta en la armadura de un guerrero en medio del combate, que lo expone a una herida mortal del enemigo.

En el humilde soldado que se encuentra en la retaguardia, una ligera negligencia puede no tener importancia; y de la misma manera, el hombre ordinario puede no sufrir nada por cosas que serían fatales para el que está luchando en el campo de batalla. Todo depende de dónde se encuentre uno y del significado que cada uno tenga con respecto al todo. Los discípulos adelantados deben tener sumo cuidado en que su vida mental esté completamente resguardada durante la obscura noche, recordando que, en los planos espirituales de la Naturaleza, las causas con las que tenemos que hacer son pensamientos. Nunca se ponderará demasiado la importancia de este punto. Habítualmente consideramos la vida mental como de menor importancia que la que expresamos mediante nuestros actos

físicos. El hombre mundano va más allá aún: considera el pensamiento como algo sin importancia y a menudo piensa interiormente todo lo contrario de lo que expresan sus opiniones y sus actos exteriores. Con el aspirante esas cosas deben pertenecer al pasado; si cree en la ley de causa y efecto (¿y quién es el aspirante que en ella no cree?) podrá fácilmente prever los tormentos que se está prepa-rando con una vida mental desordenada. Sería como un jardinero que estuviera recortando hermosa y cuidadosamente los canteros de su jardín para una exposición, y que por otra parte dejara que los gusanos, los parásitos y otras pestes, perjudicaran sus plantas en aquellas partes que no son visibles inmediatamente. El fin sería un desastre, y el mismo destino esperaría al discípulo negligente. Muchas excrecencias de las que salen a la superficie durante el período de las pruebas se deben a estos pensamientos no vigilados. En el plano de la absoluta realidad, la justicia es inexorable, y estar prevenidos es estar salvados. Una vez que el discípulo se da cuenta de que le está ocurriendo algo desusado, de que se ve sujeto a pruebas y tentaciones de las que están libres sus semejantes, debe redoblar su vigilancia inmediatamente y, volviendo su rostro hacia la luz, debe echar mano de todo el buen karma que haya acumulado de cualquier manera en cualquier parte, y aprestarse para la sería batalla. La batalla y la victoria pertenecen a los fuertes de espíritu, a los que no vacilan ni desmayan. Hay tres cosas cuya compañía es esencialmente deseable durante la obscura noche. Por útiles que parezcan en todo tiempo, su presencia es inestimable durante la obscuridad y el vacío: sus

nombre son Fe, Esperanza y Caridad. Es difícil decir cuál de las tres es la más grande, porque las tres son igualmente indispensables como partes integrantes de la armadura de los campeones de la luz. Hay muchas cosas útiles en la búsqueda de la cultura espiritual, para que el germen divino latente en el alma humana, pueda desenvolverse en forma saludable, pero ninguna cualidad es más necesaria que esa confianza infantil que lo vuelve a uno sensible a lo invisible y obediente a sus pedidos.

La Esperanza, basada en las experiencias internas del alma, y el Amor, la corona de todo sentimiento puro, demostrarán ser dos poderosos guardianes, cuyos brazos son fuertes para salvar y para proteger en los momentos de tensión y de prueba.

Los patriarcas de la antigüedad, los profetas y los iniciados, los videntes y los sabios de todas las épocas y países, han tenido que pasar por la obscura noche antes de que lograran sus poderes. Y tú, querido peregrino, también, seas quien seas y estés donde estés, llegarás a ella en su día: el mero hecho de que estas páginas te atraigan prueba que no eres un extraño para el espíritu. Pero deja que la suave paciencia posea tu alma mientras marchas por el sendero, y que tu corazón no se sobrecoja si las sombras de la noche lo envuelven más tiempo del que quisieras. ¡Escucha! Los heraldos angélicos te susurran valor aun mientras te encuentras en pleno vacío, y los consuelos de Dios son en verdad muchos, aun en el medio de la más negra necesidad y tensión. Contempla a aquellos cuyos pies se han hundido en el lodo, que quizá se encuentran encadenados por el vicio y que no pueden poner si-

quiera su pie en el peldaño más bajo de la escala. ¡Cuán grande debe ser tu gratitud por la luz que se te ha dado y por las hermosas enseñanzas que tuviste el privilegio de recibir! Por lo tanto, no dejes que la desesperación se apodere de tu corazón, sino da gracias a los Señores de Compasión por haberte guiado hasta aquí, y aun mientras dure la batalla y estés pasando por las experiencias de (a obscura noche, ponte a Su servicio con todo tu poder y fortaleza y espera tranquilamente la aurora del nuevo día.

II

LA MISIÓN DEL DOLOR

"Es heroico sufrir y no decir na-da sobre ello."

Marco Aurelio

El sufrimiento físico no es en manera alguna lo peor que pueda ocurrirle a un ser humano: las agonías mentales y el ardor del fuego psíquico son mucho más terribles, como pueden atestiguarlo todos los que han pasado por ese crisol. El efecto de la angustia mental en el alma, es mucho más profundo y duradero, y por esta razón los cuerpos mentales de los discípulos quedan desnudos cuando pasan por la ordalía de la purificación. Generalmente esto es desconocido para la mayoría, y la gente a menudo se sorprende de las quejas de los aspirantes, respecto a las cosas que tienen que sufrir. Aquellos que tienen cuerpos físicos sanos, que cubren y protegen los cuerpos etéricos y sutiles, amortiguando los fuertes impactos del mundo físico, son demasiado duros en sus juicios referentes a la naturaleza excesivamente delicada y sensitiva de los discípulos. Esto tiene que ser asi porque nunca se han encontrado en semejante situación y no pueden saber, por lo tanto, lo que ella significa. Sería lo mismo pedir a un herrero que aplicara sus herramientas a un delicado reloj de señora, para componerlo, que esperar que un hombre ordi-

nario, con su habitual pensamiento materialista, pueda apreciar el mecanismo supersensitivo de los diferentes cuerpos de una naturaleza altamente sensibilizada. Así como se necesita grandeza para poder apreciar y reconocer la grandeza de otro, se necesita sufrimiento para ser capaz de sentir simpatía por los que sufren. Ahora bien, la razón del agudo sufrimiento por el que pasa el espíritu es. como ya sabemos, la necesidad de apresurar el proceso de la purificación. En el curso ordinario de las cosas el hombre está oscilando entre el placer y el dolor, gustando alternadamente uno y otro; y el equilibrio de su naturaleza se va ajustando vida tras vida, sin que él se dé cuenta demasiado dolorosamente de ello. Pero es completamente diferente el caso de aquellos que han tomado sobre sí mismos la tarea de arreglar sus cuentas kármicas. En este caso, el velo que tapa las experiencias del hombre ordinario, debe ser arrancado de sus ojos, y debe convertirse en el testigo consciente del proceso de purificación. En el caso del discípulo, la agencia consciente de su propia mente debe substituir a las fuerzas ciegas de las leyes evolutivas que obran para el mundo en conjunto.

Esta agencia lo impele desde el interior de su propio ser a trepar por los peligrosos peldaños y a no descansar hasta vislumbrar la cumbre de la montaña. Terrible y fatigosa es la peregrinación: parece un desierto sin fin, sin un oasis en que des - cansar los pies doloridos. Una y otra vez el caminante vacila y su corazón y su valor desmayan: sus compañeros de peregrinación en la vida parecen no tener la menor simpatía para él. Solo tiene que cargar con su fardo, solo tiene que luchar,

solo tiene que sufrir, solo tiene que fracasar y solo también tiene que ganar.

Esta prueba del aislamiento es lo que hace la ordalía tan insoportable; cuando todo se vuelve vacío y quieto y obscuro, cuando los antiguos i d e a les han perdido su valor y los nuevos son todavía demasiado vagos y remotos, fuera de nuestro alcance, entonces el corazón se subleva y los últimos vestigios de la antigua personalidad en descomposición, se levantan rebeldes contra el nuevo régimen, tratando de deponer al alma naciente y de sofocar sus aspiraciones por la vida más pura y elevada.

Esto ocurre a todos los aspirantes, y desgraciado el débil que se aventure a volver atrás abriendo el camino a sus terribles enemigos. No habrá cuartel para él si mira atrás, sobre el sendero que ha atravesado, permitiendo que su mente more en el pasado y en sus fracasos. La mente del discípulo debe estar fija en lo que está ante él y no en lo que ha dejado atrás. El remordimiento y las lamentaciones están muy bien para la mente anima! que encuentra una especie de satisfacción en recordar sus queridas debilidades; pero no deben ocupar lugar alguno en la vida del discípulo que co noce la lección que enseña una debilidad y la fortaleza adquirida por la conquista de un defecto.

Las leyes de la Naturaleza son la expresión de la sabiduría de Dios y al mismo tiempo la eterna garantía de que toda criatura recibirá su plena medida de justicia y de equidad. Pero la sabiduría de la ley no es aparente para aquellos cuya visión está confinada exclusivamente a los sucesos exteriores de una vida sola; ni la justicia de Dios puede

tampoco ser vindicada para los que sólo tienen el conocimiento concerniente a su breve existencia en la tierra. Sólo extendiendo nuestra visión hacia atrás y hacia adelante, y tomando nuestra vida actual por lo que realmente es — un capítulo en la historia de la vida del Ego — podemos concebir la magnitud del plan y del exaltado carácter de nuestro destino. La misión del dolor, dondequiera que se sienta, es la de abrir parcialmente nuestros ojos a esos hechos, porque mientras el kaleidóscopo de las sensaciones placenteras nos tiene encadenados, no estamos en condiciones de hacer más que mundanas reflexiones. Pero en cuanto el deseo de placeres cesa de dominar nuestras vidas y el dolor hace su aparición en una forma u otra, inmediatamente nos predispone a reflexiones más serias, porque en las profundidades de nuestro propio ser nuestro espíritu sabe que todas las cosas han sido ordenadas sabiamente, y, teniendo que sufrir, lucha y busca la causa del sufrimiento. Al hacerlo así, el dolor ya ha realizado parte de su misión, pues nos ha hecho pensar y meditar, mientras que antes nos habíamos contentado con dejarnos llevar por la corriente de las sensaciones. Ahora la primera cosa que llama la atención de la mente reflexiva es la presencia de un factor misterioso en el proceso. Este factor parece decir: "Te revelaré la causa real de tu sufrimiento, pero no totalmente en seguida. Como primera ración te diré ahora, a tu pregunta inicial, que todas tus experiencias dolorosas son merecidas, y si te dedicas a estudiar su misteriosa naturaleza, yo, que estoy tras todo, te las iré haciendo gradualmente claras." Podríamos llamar quizás a este misterioso personaje "El Guardián del

Umbral", pero el nombre no importa gran cosa: todo lo que es esencial es comprender el carácter del nuevo conocido que se nos presenta a la fuerza. No se puede retroceder; el aspirante debe a su llegada a este estadio escuchar con todo el corazón a este Mentor y dejarlo que guíe sus pasos.

Entonces es cuando la verdad de la reencarnación se le presentará en una forma que se verá compelido a aceptarla; en adelante la *conocerá,* y por lo tanto, no buscará la causa de sus sufrimientos en sus obras de la vida actual, sino que comprenderá que los sucesos de sus vidas anteriores han modelado su existencia actual, y que las causas del lejano pasado lo han convertido en lo que es ahora y lo han puesto donde se encuentra en cada momento particular. Verá un largo panorama de vidas, pasadas y futuras, que son el complemento de su presente estada en la tierra, y al investigar el misterio del dolor, el discípulo considera las cosas que pasaron y las que aun están por venir. Encuentra que muchos de sus dolores son los medios de que echaban mano los que lo guiaban para despertarlo de su sueño e inercia. La misión del dolor, como ahora la comprende, es la de producir el desílusionamiento final, con objeto de evitarles mayores calamidades mientras avanza hacia el templo.

Grandes desastres le ocurrirán si no se despierta de su sueño.

Ahora debe tener lugar un absoluto cambio de vida y de conducta, que borre todas las trazas del antiguo Adán. Todos los actos feos y sin amor que hacen aún aquellos que creen vivir vidas inofensivas, deben ser completamente abandonados. Así como el hombre que huye de su enemigo, va arro-

jando sucesivamente en su huida todas la» cosas que le incomodan, empezando por las más pesadas, así también debe el aspirante libertarse de todas las cosas que le impiden su progreso, empezando con las que más quiere, porque es precisamente en ellas donde está la llaga. Debes *renunciar de veras,* dice la Qábalah; de nada sirve abandonar lo que nada nos importa o renunciar a lo que no tiene atractivo para nosotros. Los grandes Maestros de la Sabiduría interna, cuya mirada penetra profundamente en la naturaleza de las cosas y cuyo testimonio es una herencia preciosa para la raza humana en general, y para los ocultistas en particular, dejaron bien establecido que la aceptación alegre del dolor y de todo lo penoso que pueda ocurrirnos, abrirá el santuario.

"Es la mano de amor la que así nos ha permitido caer" debe ser el pensamiento dominante en la mente del aspirante cuando tiene que afrontar algo penoso. Esta actitud mental pronto producirá un gran cambio y todo el medio que rodea al discípulo, que antes era como un desierto, blanqueado y árido, conforme su alma se retrae de lo externo, se convierte para él en un nuevo mundo iluminado por las luces de la fe, de la esperanza y del amor.

El dolor habrá llenado su misión compasiva con él y con el dulce cantor de Israel levantará sus manos al cielo y dirá:

"Bien fue para mí estar en tribulación, porque *así* aprendí tu ley."

III

TRANSMUTACIÓN

*"Y conforme me acerqué vi los
" dos grandes ojos amantes, y tuvo
" un vislumbre de la Divina compa-
" sión en ellos; me incliné y sentí el
" palpitar de su corazón compasivo,
" y entonces supe que me encontraba
"en presencia de uno cuya naturaleza
" había sido cambiada y transmuta-
" da."* Nota de mi diario escrita después de una visita a un miembro de la Fraternidad.

Los yoguis del oriente y los rosacruces del occidente han enseñado la doctrina de la palingenesia, o sea la renovación de la vida y de la juventud en el organismo marchito. Sus enseñanzas fueron confirmadas por los alquimistas de la Edad Media, y se encuentras muchas referencias a "la gran obra" en los escritos herméticos más antiguos. En pocas palabras, la teoría en que se basa es la de la transmutación de los metales inferiores en oro. Esto, en buen español, quiere decir que los elementos inferiores de la naturaleza en el organismo humano pueden ser autorenovados y autoperpetuados mediante ciertos procedimientos.

Todo lo que se necesita para el éxito de "la gran obra" según Hermes, el Gran Maestro del Arte, es

"el temor de Dios y el amor al hombre". Estos, unidos a una vida pura, realizarán todo lo necesario.

Ahora bien, por lo que toca a las capacidades corporales del sujeto, era esencial que ya hubieran operado ciertos procesos de refinación en toda la constitución que debía ser rejuvenecida. El hombre físico tenía que ser más etérico y sensitivo, el hombre mental más penetrante y profundo y el hombre moral más filósofo e impersonal. No había necesidad alguna de que el cuerpo del hombre en el que se iba a hacer la experiencia, fuera superior en cualquier sentido, porque sosteníase que todo e1 poder viene del interior y surge de fuentes espirituales que están ocultas en el hombre.

El poder, de acuerdo con su doctrina, aumenta en proporción inversa a la densidad y tosquedad del material que hay en todo médium productor de poder.

El progreso en la iluminación artificial servirá de ilustración. La astilla de tea, material primitivo y tosco, arde con mucho humo, dando poca luz; luego viene la lámpara de aceite, en la que la grasa arde mediante una mecha; sigue la vela de sebo, y después las lámparas de querosén. En cada caso hay un aumento de poder y de brillantez en la luz, en la misma proporción en que la cruda materialidad del medio disminuye. El material refinado da resultados refinados. El paso siguiente es el gas, que es mucho más sutil, y el volumen de luz es mayor que con los otros medios de iluminación citados. Por último se utilizó la electricidad, y entonces la luz fue más brillante todavía: es la ley eterna de la espiritualización de la substancia. "El

mayor grado de poder se genera en la menor cantidad de materia" dice una gran autoridad metafísica. El poder está en la inteligencia, que es el fundamento y la fundación de toda substancia en todos los planos y en todos los estados concebibles. Esta es la ley soberana del universo manifestado y era bien conocida de los alquimistas y filósofos herméticos antiguos. Sus enseñanzas estaban fundadas en esas verdades universales que la multitud ignoraba. Para el hombre de ciencia de todas las edades la materia era la matriz de todo poder, y cuanto más opaca era una substancia, tanta mayor energía se creía era capaz de dar. Los alquimistas sostenían que lo contrario era la verdad, y la ciencia moderna está recién empezando a vindicar la autoridad de aquellos sabios tan poco comprendidos *y* tan malignamente atacados. Los llamaban soñadores y visionarios, pero no parece que sus sueños fueran tales sueños. Los últimos descubrimientos de la ciencia han hecho manifiesto que había un substratum de verdad tras todas las alegorías y parábo las aparentemente divertidas con que encubrían sus enseñanzas. La materia, según dicen ahora las más altas autoridades, es viva y transmutable; en su último estado es energía, aparentemente inerte en los planos inferiores de manifestación, pero más y más vivida y dinámica conforme se eleva en la escala de la evolución. En los reinos mineral, vegetal, animal y humano, vemos la elevación gradual de la materia original del universo hacia formas más finas, hasta llegar al punto en que aquel polvo primordial ha llegado, mediante una lenta graduación, a convertirse en un ser consciente razonable. Los estudiantes de las obras alquimistas, es-

pecialmente del medioevo, se quedan perplejos ante los complicados enredos y evasivas de los autores al explicar sus teorías, y muchos se preguntan si eso era realmente necesario. ¿No hubiera sido mejor explicar las cosas claramente? En cierto sentido sí, pero, sin embargo, esos viejos conocedores de la Gnosis sabían lo que hacían. Ellos vivieron vidas llenas de sacrificio y de devoción a sus investigaciones, y la Naturaleza recompensó sus continuados esfuerzos revelándoles el supremo secreto: la transmutación de la materia y la renovación de la vida. Rebosando de felicidad con sus descubrimientos y llenos de amor a Dios y al hombre (sin el cual su obra jamás hubiera tenido éxito, como ninguna otra obra puede tenerlo), desearon transmitir sus conocimientos a los demás estudiantes de las futuras generaciones que lo merecieran, pero con objeto de impedir los abusos de aquellos que no lo merecían, dieron con el expediente de disfrazar sus enseñanzas con fábulas, alegorías y parábolas. Los que se acerquen a ellas con sencillez de propósito no dejarán de comprender su significado, pero los que no estén preparados trabajarán en vano. Los mismos principios se aplican a las enseñanzas rosacruces y a sus símbolos secretos: yacen ocultos grandes tesoros de sabiduría en esos libros inspirados en los templos rosacruces a través de los siglos, pero la clave debe traerla el mismo estudiante. No debe olvidarse que una vida muy pura es el único material con el que puede fabricarse esa clave.

Todo hombre contiene el elemento divino germinalmente, pero está sobrecargado por muchas capas de cruda materia que deben desaparecer para poder alcanzar dicho elemento divino. Pero, se-

gún dicen los rosacruces, estas capas de materia no pueden sacarse destruyéndolas violentamente, sino que, por el contrario, deben ser tratadas suavemente y con mucha paciencia y perseverancia.

El refinamiento y atenuación de estas cubiertas debe ser llevado a cabo de acuerdo con un proceso sistemático y gradual, adaptado a cada individuo. Se necesita realmente la segura mano de un Maestro para vigilar la obra: si tiene que ser un éxito, sólo el que ha llegado puede saber el grado exacto de refinación de que son capaces la materia y energía de un cuerpo dado.

El objeto final del proceso alquímico es la transformación de la fuerza mecánica e instintiva inconsciente en poder espiritual, pero esto no puede hacerse sin un cuidadoso equilibrio de las fuerzas centrífugas y centrípetas de la persona en que debe llevarse a cabo la obra. La intuición infalible de la mente del Maestro es la única que puede medir y juzgar sobre la capacidad del hombre para ella: puede medir su estatura espiritual y decir si es "un sujeto apto para el arte" o no. Hay un dicho rosacruz tradicional, al efecto de que la substancia de cohesión debe igualar a la fusión que debe hacerse — es decir, que el hombre debe haber concentrado en sí mismo tanta experiencia espiritual y tanta percepción de la verdad Divina que le permita suministrar la substancia necesaria para efectuar la fusión entre el Yo superior y la personalidad inferior. El hombre solo puede expresar su perfecta Divinidad en la tierra si ha realizado ésto; de lo contrario no es más que un instrumento de la Naturaleza universal que manifiesta luz y tinieblas, bien y mal, de acuerdo con el karma de

su propia situación y el karma colectivo del que constituye una unidad.

Hermes Trismegistus, que ocupa una elevada posición en la Jerarquía Oculta, recomendaba a sus discípulos la refinación de sus cuerpos mediante una vida abstemia y retirándose de los placeres del Hoi Polloi común. Pitágoras daba a esto la misma importancia, y la nota de la pureza se repite una y otra vez en sus "Versos Dorados". Los demás grandes instructores de la antigüedad nunca perdieron la oportunidad de proclamar la necesidad esencial de una vida pura y negada en los aspirantes. Sabían muy bien que la relación subsistente entre el espíritu y la materia está sujeta a peso, medida y número, y que el poder de la inteligencia espiritual aumentaba en la misma proporción en que se refinaba el vehículo denso y tosco. Cuando el discípulo se aproxima a las puertas interiores del templo es bueno que recuerde estas cosas, tratando de recuperar diligentemente el terreno perdido, si no ha adquirido ya un perfecto dominio de sí mismo.

Se nos dice con toda la autoridad del Maestro Hilarión, que la organización del discípulo antes de la iniciación debe vibrar al toque más suave, como un bien templado instrumento musical, pues, de lo contrario, las instrucciones del Maestro no serían bien entendidas. Si el neófito hubiera sido debidamente preparado y sus varios cuerpos debidamente purificados, entonces todas las fibras de su ser obrarán al unísono unas con otras y responderán a todos los pensamientos del Maestro en la misma forma que las cuerdas de un arpa responden a las vibraciones atmosféricas. Porque su

unión está fundada en esta perfecta responsividad de sus naturalezas y en la armonía interior que hay entre ellos. El Maestro y el discípulo deben ser como una sola alma en dos cuerpos, dicen los sabios gurús del oriente, y si esta unidad de mente y de corazón no puede lograrse, entonces el resultado de la relación será tanto más pobre.

El objeto de la transmutación alquímica es siempre el mismo, y el "Elixir de Vida" no era más que e1 espíritu purificado, libertado de los deseos de (a carne y elevado por encima de la imaginación terrestre, y por lo tanto capaz de renovar los principios inferiores, reconstruyéndolos desde arriba. "La Piedra Filosofal" tenía el mismo significado y simbolizaba al alma que había conquistado la materia y sus atracciones, adquiriendo así el don de curar y las virtudes y sabiduría supremas de las jerarquías celestiales. "La voz del hombre en quien se ha efectuado la transmutación es más poderosa que la de las huestes angélicas", dice la Qábalah, y, por otra parte, "La voz del egoísta y del impuro es (en sentido espiritual) más débil que el grito de la bestia más inferior de la Naturaleza". No debe descorazonarse el discípulo cuando descubra haber cometido algún error en determinadas ocasiones y creer que en su caso la transmutación es imposible. "Aún aquellos que cayeron en el abismo deben aferrarse a la misericordia", dice el Talmud; "su misma maldad los pondrá en buena posición cuando las corrientes de la compasión celestial pasen sobre ellos e inclinen sus corazones para obedecer a la buena ley". La explicación es, por supuesto, que la energía que antes pusieron en sus deseos malignos, la pondrán ahora en sus buenas

obras. Esto mismo lo sostiene la ciencia al afirmar que la soldadura de las partículas más separadas es la que produce mayor energía, y que la música más hermosa se obtiene de las discordancias que suenan al unísono. Siempre debe producirse dolor como consecuencia de separarse de Dios, pero el grado de sufrimiento que tiene que soportar el hombre cuando pierde la gracia y se rebela contra la luz que ha visto, determina exactamente el grado de felicidad y bendición que eventualmente será suyo cuando de nuevo busque a su Creador, utilizando plenamente las profundidades en que haya caído. El poder de redimir a las almas se obtiene mejor con las experiencias sufridas en los antros tenebrosos del mundo, y las lecciones del amor se conocen mejor convirtiéndose en el blanco de las saetas envenenadas del odio.

El efecto directo de haber desafiado las tormentas de fuerzas opositoras, es una especie de resistencia espiritual que el alma adquiere y que la inmuniza contra los ataques análogos en el futuro. Y esto es de la mayor utilidad para el discípulo porque le permite afrontar toda suerte y clase de hombres que necesitan su ayuda, sin ser repelido por las emanaciones atómicas de sus auras generadas por sus hábitos de vida y pensamiento. El hombre-dios puede así cruzar por el mundo a voluntad, ascendiendo a las más elevadas alturas y descendiendo a las mayores profundidades, se encuentra igualmente cómodo en todas partes y se mueve con seguridad perfecta y no menos perfecto equilibrio, desde el cielo al protoplasma, y del protoplasma al cielo, sin ser contaminado por contacto alguno con cosas inferiores a su estado espiritual. El se-

creto de la transmutación, una vez dominado, concede al discípulo este poder de cambiar las condiciones y estados con sólo cambiar su ritmo. Una de las grandes dificultades que confrontan al discípulo es su incapacidad para cruzar los "centros-laya". En la literatura teosófica se llaman éstos, centros "de esencia elemental". Esta esencia elemental se la encuentra en todos los planos en un estado inorganizado, y no puede ser manipulada desde abajo. Si no se tiene el auxilio de un Maestro para elevarlo a uno sobre estos centros-laya se detiene el progreso, o, lo que es peor, se retrocede en vez de avanzar, porque la fuerza adicional de la esencia elemental intensifica todas las debilidades de que haya rastros todavía en los centros subconscientes.

Las escrituras herméticas dicen: "Los planos elementarios (layas neutrales) deben cruzarse antes de poder lograr la victoria". Si no, la luz y lafuerza no pueden unirse, y el rojo león no se junta con el águila blanca. Esto es lo mismo que decir que la gran obra de la transmutación requiere la conquista de todo el hombre en sus partes conscientes, subconsciente e inconsciente, y si todas lasantiguas propensiones no han sido eliminadas y toda la naturaleza subyugada, no puede alcanzarse la meta.

Sin embargo, cuando se han vencido las dificultades y el alma se liberta de sus grilletes, densos o sutiles, entonces ocurre algo que parece un milagro: las moléculas constitutivas del sistema del hombre se polarizan hacia el centro, y el Espíritu Divino difuso y latente se hace manifiesto y centrado. Y entonces ocurre que todo el buen karma

pasado del discípulo se amontona sobre él, dejando caer como una lluvia de bendiciones, y el discípulo se convierte en uno de los Salvadores de la raza y en uno de los Redentores de la especie.

IV LA VIDA HERMOSA

> "Y conforme llegué a conocer y
> " comprender la naturaleza del dolor
> " y me familiaricé con el sufrimien-
> " to, dejé de luchar con él. Lo con-"
> templo como un amigo fiel y bueno "
> y le doy la bienvenida. Desde en-"
> tonces mi vida es hermosa." — *The diet of the Soul.*

Los novelistas generalmente dan a las creaciones de su imaginación, especialmente a sus héroes, algún rasgo noble de carácter, y si desean hacerlo particularmente atrayente a sus lectores, lo representan como un hombre de tendencias altruistas y de fines ideales, que vive su vida para el bien de la humanidad. En este método se vislumbra lo que en el fondo atrae al corazón humano más fuertemente. Contra todos los argumentos de la escuela moderna de escritores materialistas, como Emilio Zola y sus seguidores decadentes, subsiste en las cámaras secretas del corazón humano el amor por todo lo bueno, lo verdadero y lo justo, y todos

se regocijan cuando ven el triunfo de la virtud y la justicia y se lamentan cuando ven las lágrimas de los oprimidos y odian al opresor. De manera que si un autor desea llegar al corazón del pueblo ya sabe lo que tiene que hacer. Lo bajo y lo innoble en sus historias, tienen que ser invariablemente vencidos, mientras que lo bueno y lo verdadero debe siempre alcanzar la victoria. Este es un hecho psicológico y desgraciado del escritor y del editor también, que se olviden de ello.

Ahora bien, ¿por qué es así? Salvo que la naturaleza humana sea esencialmente divina y trate de realizar su divinidad aun en este valle de lágrimas que llamamos tierra, esto no podría ser así. Pero como el hecho es que el Hombre es el hijo de Dios, si se da con la verdadera nota clave de su naturaleza, siempre se evocará la armonía de que es capaz.

Estos hechos han ido siendo mejor conocidos en las últimas tres o cuatro décadas y se está elevando actualmente una nueva generación, aun en las esferas comerciales y financieras, que están comenzando a desear no tanto la riqueza y las posesiones sino algo más digno de ser vivido. La vida ideal — como muchas personas cultas han visto — no es aquella en la que el hombre cae súbitamente en la fortuna, el favor y la gloria, siendo proveído en adelante de todo cuanto pueda necesitar, en tal forma que su alma pueda ser archivada en un estante con una etiqueta que diga "inútil". No, la vida ideal que reconocemos los hombres de este siglo, es la vida intensa, desprendida, dedicada a un ideal, un propósito que amamos mis que nada en el mundo.

La vida es el gran investigador del corazón humano, a quien le es dado arrancar los sellos que tapan las fuentes del alma. Si dedicamos nuestra vida a un objeto que absorbe todo nuestro amor y a una labor incesante para su realización, entonces nos convertimos en los colaboradores del Gran Arquitecto y en los maestros constructores de las mansiones celestiales en las que la armonía, el orden y la belleza reinan supremos. Cumplamos, pues, con las leyes dictadas para el levantamiento ordenado del edificio espiritual, y el Señor que mora en el interior no tardará en hacer conocer Su Presencia. Los hombres de ciencia nos aseguran que las operaciones maravillosas de la ley natural pueden estudiarse y observarse en el desarrollo de los fenómenos mórbidos lo mismo que en el desarrollo de los crecimientos sanos. La regularidad, exactitud, y fidelidad de estas pequeñas moléculas, átomos y electrones que constituyen las células y los órganos, son igualmente admirables bien sea que trabajen por la preservación de un organismo o por su destrucción. Obedecen estrictamente a leyes determinadas, que no violan ni tuercen jamás. La única excepción se produce cuando interviene una ley superior que suspende los efectos de la inferior. Y si esto es verdad en lo que concierne a la naturaleza inferior (o lo que nosotros llamamos inconsciente), ¿cuánto más verdad no será por lo que toca a los planos superiores, donde el espíritu comulga con el espíritu bajo el impulso de las leyes celestiales y el orden establecido en las altas regiones?

Ahora bien, si queremos producir ciertos resultados aquí abajo, primeramente creamos las condi-

ciones apropiadas para ellos; si no nos agrada el resultado, cambiamos las condiciones. La Naturaleza no se entromete arbitrariamente para echar a perder nuestra obra, como tampoco interviene para complacernos.

La ley de la Naturaleza es su único señor y due*ño, y* es lo único a que presta obediencia.

Si el hombre quiere vivir la vida superior, nada hay en el cielo ni en la tierra que pueda impedírselo. El dominio universal de la ley es una garantía de que no hay nada imposible si procedemos dentro de la ley. Habiendo realizado que el verdadero objeto en la vida del hombre es la perfección moral y mental, y de que esto sólo puede lograrse viviendo una vida pura y noble, el mejor plan es estudiar la ley, echar los cimientos de acuerdo con ella, y seguir edificando el gran edificio con fe perfecta y confianza absoluta en la ley que no puede fallar jamás y que hará que no construyamos en vano. Nada hay oculto ante el espíritu divino despertado, y cuando el hombre entra en posesión de los dones y poderes dados por Dios, se encuentra ya en camino de su libertad espiritual. Así como la semilla puesta en la tierra, nutrida por la luz, el calor y la humedad, crece y continúa creciendo mientras las condiciones de su medio son favorables, así también la simiente divina plantada en lo más íntimo del hombre va creciendo hasta ser perfecta, si no se le quita la nutrición y el sustento requeridos. El alimento más apropiado para el desarrollo de nuestra divinidad es la *Consagración.* Debemos consagrar nuestras vidas, si queremos hacerlas hermosas, dedicando cada hora a esa obra de amor que creamos más esencial para el bienes-

tar de la humanidad. La razón de que haya tanta gente miserable en este mundo es, como bien lo sabemos, la ignorancia. Si la gente no fuera tan ignorante por lo que respecta al objeto y al uso de la vida, no llevarían la vida que llevan — *no podrían.* Pero, careciendo de este conocimiento, el hombre se encuentra como un capitán en alta mar que no conociera la ciencia de la navegación y que careciera de mapas y brújula. Ese capitán se encontraría a merced de los vientos y de las olas, así como aquellos hombres se encuentran ahora a merced del tiempo y de las circunstancias.

En "Luz en el Sendero" se nos dice que "Hay personas tan cerca de las puertas del conocimiento que la misma vida las prepara para él". Esto se refiere a las naturalezas sumamente sensitivas, que han sido molidas finamente en los molinos de Dios en las innumerables edades y ciclos pasados. Estas almas están actualmente encarnándose en gran número. Su misión en la tierra es la de enseñar a las almas más jóvenes y a ayudarlas a pasar por los bordes de los precipicios mientras viajan por los caminos peligrosos de la vida Vienen para difundir la luz y para disipar las tinieblas de la ignorancia, para acabar con el vicio, el crimen y la miseria, suplantándolos con la virtud, la belleza y la alegría. Todas las cosas que contribuyen al bienestar de la humanidad y que ayudan a nuestra civilización a llevar una vida ordenada sobre la tierra, se deben a la labor de estas almas, cuyo renacimiento sobre la tierra era necesario para ayudar a la raza. ;Qué gran oportunidad es ésta para todos aquellos cuyos espíritus se han comprometido a prestar este servicio! Nunca hubo semejante oportunidad

tan grande en ningún otro momento de la historia Por lo tanto, todos los candidatos a la vida hermosa deben unirse a las filas de los que luchan por la buena causa, alistándose como voluntarios al servicio de la Humanidad y escribiendo sus nombres en el libro dorado de todos los bravos, de los buenos y de los verdaderos, que han enriquecido a este mundo con su nobleza y con la grandeza de sus almas.

Después de adquirir poder sobre la vida es cuando comenzamos a ser útiles, y nuestras vidas sólo comienzan a contar desde ese momento. Así como un profesor aprende más en el laboratorio que su alumno, así también el hombre que ha libertado su alma del torbellino de las pasiones y de la personalidad, aprende mucho más en la gran escuela de la vida que aquellos que se ven llevados de un lado a otro por los placeres y los dolores, por la esperanza y el descorazonamiento

Aquellos cuyos pies se encuentran en el sendero deben borrar de sus mentes la idea de que pueden volver atrás a su vida de inercia, de pecado y de placer. Sé muy bien cuan frecuentemente ocurre que estudiantes bastante adelantados, al echar una mirada retrospectiva a su pasado, se imaginan que un compromiso con el viejo Adán no los perjudicaría, y viendo quizá que no están haciendo ningún progreso marcado, piensan que bien podrían hacerlo Pero debéis recordar que la flor y el fruto una vez abiertos no pueden ser metidos de nuevo en la simiente, ni puede volverse a meter en la cascara del huevo al pajarillo que ya salió a la luz del día El hombre ordinario que jamás oyó hablar del discipulado o del Sendero, algunas veces

desea ennoblecer su vida; pero para el discípulo no hay elección, debe o bien seguir adelante hasta llegar a la cumbre o caer en el abismo. No hay más que estos dos fines. Elegid, por lo tanto, la hermosa vida como la vuestra y la de los demás que se os asemejan. Hay mucha belleza en torno nuestro, cuya variedad trasciende absolutamente nuestra capacidad de comprensión. No hay miedo alguno de agotar los recursos de la Naturaleza. Aliaos a las huestes angélicas que vienen a la tierra en este momento critico de la vida de la raza, y formad parte del número de los auxiliadores de la humanidad, de los Heraldos de la Paz, de los Precursores de la Luz.

V

SILENCIO

> Cuando el discípulo conoce que " el mero pensamiento de los dere-" chos individuales no *es* más que el " silbido de la antigua serpiente que " emponzoña tu propia vida y la de " los que lo rodean, está pronto pa-" ra tomar parte en una ceremonia " abierta a los neófitos. Todas las ar-" mas defensivas y ofensivas son " abandonadas en la puerta; todas " tas armas de la mente, del corazón, " del cerebro y del espíritu. Nunca " mis podrá otro hombre ser juzgado " o condenado, nunca más podrá el " neófito levantar su voz para excu-" sa o defensa propia. Desde esta ce-" remonia vuelve al mundo tan des-" valido e indefenso como un recién " nacido". — *Luz* en *el Sendero*

Louis Claude de Saint Martín, en uno de sus libros cuyo nombre no recuerdo en este momento, dice que se conoce a un Iniciado por tres cosas: nunca entretiene deseos que no estén de acuerdo con la ley; nunca concibe una idea que no sea ana sagrada comunicación del Altísimo, y jamás emite una palabra que no sea un poder soberano. El aspirante cuyo fin sea la Iniciación debe mantener estas tres perfecciones ante sus ojos, *y* aunque fra-

case una y otra vez en alcanzar el elevado ideal que indican, no los debe perder de vista como criterio final de sus realizaciones espirituales. Cuando entraba en el silencio me acostumbré a pensar en estas tres características de Saint Martín y siempre me parecía que cuando conseguía el silencio perfecto, poseía estos atributos en toda su plenitud. El objeto del Silencio es la adquisición de la facultad que nos permite ver a nuestro yo tal como es, sin barniz de ninguna clase. En los ruidosos lugares del mundo, durante las horas ocupadas del día, somos como extraños para nosotros mismos. Como peregrinos en un extraño país, sin conocimiento de su idioma, costumbres y pueblo, es como entramos en nuestras primeras excursiones psíquicas en los mundos superiores. Los espíritus con los que llegamos a ponernos en contacto no nos son a menudo útiles, y, frecuentemente, nos son dañosos, debido a que no hemos entrado en el Silencio por completo y no conocemos a nuestro verdadero yo. Sin este conocimiento todo contacto con espíritus es peligroso y lo será siempre. El Silencio tiene por objeto ejercitarnos en el autoconocimiento y prepararnos para la comunión con los Seres Elevados que viven en los Mundos Superiores. Las leyes que gobiernan la comunión de los espíritus son tan sencillas y tan fáciles de comprender que uno a menudo se pregunta cómo es posible que el hombre viole esas leyes superiores continuamente, a pesar de las desastrosas consecuencias que su violación ocasiona invariablemente. La ley de la atracción que determina que las substancias que tienen parecidas afinidades se atraigan mutuamente, y que las difieren en su composición química se repelan, es

una ley que rige suprema en el mundo del espíritu lo mismo que en el mundo material. Mientras el hombre se encuentra envuelto en sus vestiduras de carne y sumergido en los átomos, partículas y elementos del plano material, se ve impedido de ponerse en contacto con los espíritus desencarnados Su intrusión en la esfera del hombre encarnado es tá bien lejos de ser beneficiosa en la mayoría de los casos. No es bueno para el hombre cultivar el intercurso con el mundo de los espíritus y sus habitantes, mientras tenga en su constitución deseos impuros y bajas ambiciones, y la compasiva Naturaleza ha ocultado misericordiosamente el camino que cruza el umbral. Cada vez que el hombre irrumpe en el mundo psíquico sin la debida preparación, la ley de afinidad citada lo pone en contacto con todos aquellos espíritus y entidades cuya naturaleza es análoga a la suya ; y así toda debilidad que estuviera en él oculta subiría a la superficie con fuerza centuplicada debido a los elementos similares que se le apegarían por el amontonamiento de espíritus ligados a la tierra que tienen semejantes naturalezas. Este hecho científico, de que los semejantes se atraen, que conocían muy bien los antiguos, es lo que les hacía prohibir a la gente ordinaria que se aproximaran a los reinos invisibles.

Los profetas y videntes que cultivaban la intercomunicación con las esferas elevadas, lo hacían sólo después de largos períodos de ejercitamiento y después de haber pasado por muchas pruebas, cuyo propósito era prepararlos para el silencio perfecto necesario si hay que conservar el equilibrio mental al pasar los recintos externos del Templo

Universal de la Naturaleza. En estos tiempos se encuentran por todas partes muchas personas sensitivas, y esa sensitividad es justamente la indicación de que existe una abertura (astral o mental, según sea el caso) en los cuerpos sutiles, que permite a los espíritus del otro lado entrar con su naturaleza dentro de la encarnada personalidad. Algunos se preguntarán por qué sucede así, por qué la naturaleza es tan cruel que permite que los sufrimientos propios puedan ser aumentados por las malas inclinaciones de los demás. A esta pregunta la única contestación es Karma. Los que ignoran la ley del Karma pueden muy bien creer que tienen razón para reprochar por ello a su Hacedor, pero el que conoce esta sagrada ley sabe que la ley es justa y el Hacedor de ella compasivo, y también sabe que nuestras cuentas no empiezan con nuestro nacimiento y que no terminan con lo que llamamos muerte, y se entristece por lo tanto al oír a los que protestan contra la justicia de su Creador *y* ora para que lleguen a conocerlo mejor algún día, aunque sea en alguna vida próxima. Ahora bien, respecto a los medios para evitar que las entidades no deseables se apeguen a nuestros cuerpos, hay sólo uno, el antiguo, pero que ha sido bien probado y demostrado por los santos y videntes de la antigüedad. Es el silencio, el completo silencio por el que debe pasar el neófito, el silencio en el que se escucha la voz resonante del Yo solamente y nada más. Muchas veces he oído quejarse a estudiantes bastante adelantados, de la gran necesidad de distracción de alguna clase que sienten. Cierta inquietud parece llevarlos de aquí para allá, en el mismo momento en que desearían estar quietos. Al

investigar algunos detalles de su vida diaria y de sus costumbres, siempre encontré con que no habían pasado por el silencio. Algunos han dominado sus deseos, su irritabilidad, y hecho progresos satisfactorios en otros sentidos, pero no podían sobreponerse a su inquietud, a su deseo impulsivo de querer, de hacer, de ser. Por supuesto, es necesario aun para el iniciado el querer y el hacer, y cuanto más grande es el iniciado tanto más vividamente responde a sus diarios deberes; pero hay esta diferencia, que mientras el iniciado quiere y obra de acuerdo con la ley y los puros dictados de su voluntad espiritual, el aspirante que aun está luchando se ve arrastrado por sus impulsos erráticos. Los que viven constantemente en la presencia de Dios, no necesitan distracciones de ninguna clase; han aprendido el secreto de la inacción en la acción y puede encontrar paz y descanso en medio del tumulto y del trabajo. Son estas las naturalezas que radian dulzura y suavidad en medio de la tristeza y de la obscuridad de esta edad de hierro; han vislumbrado las glorias venideras de la raza y habiendo pasado ellos mismos por el Silencio, desean ahora que los demás lo pasen también. Actualmente hay en todos los países civilizados mucha gente que desea el conocimiento, pero sólo hay unos pocos que desean la sabiduría; el Espíritu de este planeta, encargado de la evolución de la gente inferior del hombre, no se preocupa de la sabiduría de Dios tal como nosotros entendemos estos términos. La astucia, la adaptación de los medios para obtener un fin determinado, son los métodos que se ponen en práctica, y, naturalmente, puede deducirse que la gran masa de la humani-

dad que está todavía sujeta al dominio astral del Dios Planetario no está todavía muy adelantada en las cosas espirituales. Pero debe tenerse en cuenta que aunque la raza encarnada no conoce al regente del sistema Solar ni el verdadero objeto de la evolución, sin embargo, el Espíritu de la Raza lo conoce perfectamente. Sabe que hay una gran Jerarquía en las esferas en que él, como Dios Planetario, está sujeto como obediente servidor de sus Señores y Maestros.

El mayor de estos Maestros se conoce con el nombre de Cristo, y aunque los moradores de la tierra en conjunto no están todavía bajo la ley de Cristo, esto sucederá más adelante. Actualmente están siendo instruidos por uno de los servidores de Cristo, el Espíritu de la Tierra, a quien los egipcios llamaban Ra, y a quien sus Hierofantes conocían muy bien. Pero aun durante el reinado de Ra Cristo no está ausente, y muy a menudo El o alguno de sus mensajeros intervienen en favor de aquellos cuya evolución y estado espiritual los hace acreedores a ese privilegio.

Aún en nuestro trato personal con nuestros semejantes podemos a menudo obtener vislumbres de la operación de esta ley de intercesión que viene de las esferas superiores. Cuando quiera que nos encontramos con un malhechor u opresor, si enseguida invocamos al Yo Superior para que nos defienda y nos abstenemos, no solamente de hacer mal, sino hasta de toda palabra áspera, veremos con maravilla como esos aparentes dominadores y tiranos de la tierra se transforman en débiles y cobardes en un instante. Tan pronto como les mostréis a Cristo huyen como las huestes de las tinieblas al

llegar la aurora. Una vez y otra sucederá esto a los discípulos que hacen rápidos progresos, porque los hermanos de la sombra les oponen toda clase de espíritus malignos, y sus trampas y engaños son sumamente sutiles; pero si el discípulo está firme en su fe y confía en los guardianes de los puros de corazón, estas persecuciones del otro lado en nada lo dañarán; al contrario, cobrarán así hasta el último céntimo de su Karma y apresurarán su evolución, evitándole quizá muchas encarnaciones.

No son estas palabras dichas a la ligera, y quisiera decirlas con tanta energía como exige el significado de cada una de ellas. "No resistáis al mal" debe ser para el aspirante la regla inflexible de su vida, sin apartarse de ella jamás.

Este es el compromiso que ha tomado en el Templo del Saber, aunque no lo sepa en su conciencia ordinaria de vigilia. Será probado y tentado una y otra vez hasta que haya aprendido la lección de no resistir al mal, y haya impregnado con ella toda su naturaleza espiritual. Tan pronto como la ha absorbido, el martillo de Ra dejará de golpearlo, y los golpes que se le puedan dirigir más tarde, caerán sobre sus adversarios. Realmente es una maravilla ver como quedan dominados los enemigos por el amor, y esto puede muchas veces dar por resultado que se nos abran las puertas que de otra manera hubieran quedado cerradas mucho tiempo. El espíritu que mora en la naturaleza inferior del hombre está inspirado por el Dios planetario, porque es su progenie; sus deseos son terrestres y sus pensamientos malignos, pero en sus capas más profundas sabe que hay al-

go más elevado, y cuando quiera que mostráis tato más elevado (lo que hace el amor) todos caen ante él y lo adoran. Ra reconoce a su Señor superior, y como un servidor obediente se inclina ante su Dueño. Esto es exactamente lo que ocurre cada vez que devolvéis amor por odio y bien por mal. No diré que sea fácil hacerlo, pero es la meta hacia la cual vamos y que tenemos que alcanzar si todo nuestro trabajo no ha de ser en vano. Haber entrado completamente en el Silencio, significa que esta lección ha sido totalmente aprendida.

VI EL CAPITULO

DEL PODER

"El amor espiritual es la atmós-"
fera de los mundos espirituales; es " el
éter en que giran las esferas si-"
guiendo el camino que les está se-"
ñalado. ¡Cuan fácil es, pues, ver, "
que si alguien odia no puede vivir "
en las esferas elevadas. Podrías lo "
mismo tratar de respirar sin aire "
que tratar de vivir en las regiones "
celestiales sin amor. Cuando el hom-"
bre se hace consciente de esta ver-"
dad, entonces se convierte en un "
hombre de poder."

La Qábalah.

Hay dos clases de amor, el activo y dador, del hombre que se ha dedicado al sendero de la acción, el hacedor y dominador, y el amor pasivo y receptivo del santo y del místico. Ambos están tratando de realizar la Divinidad con métodos diferentes. El trabajo desinteresado por el bien de la humanidad es el sendero que eligen los hombres de acción, y la visión anímica, la contemplación y el desprendimiento, constituyen el sendero del místico. Cuando el alma llega a la tierra para obtener más experiencia y cumplir su ciclo evolutivo, generalmente se olvida de su misión y. por lo que concierne a la conciencia de vigilia, sólo co-

noce lo que aprende mediante sus capacidades innatas, sobre el origen de las cuales sólo la doctrina de la reencarnación puede arrojar alguna luz. Pero siempre hay una inclinación definida en cada individuo por uno u otro de esos senderos. Esto, sin embargo, no quiere decir que la inclinación mística haga a un hombre un místico perfecto, o que el deseo innato de hacer y de regir convierta a cualquiera en un regidor competente; al contrario, a menudo estas facultades anímicas se manifiestan en su aspecto negativo durante una parte considerable de la vida del hombre. Sucede así especialmente si algunas lecciones del karma inferior tienen que ser aprendidas y el alma se ve arrojada al gran pozo de la naturaleza universal, sin ningún asidero en el principio mental. Sucede esto frecuentemente con aquellos que han adquirido poderes ocultos, pero que no han conquistado todavía sus cuerpos inferiores. Cuando llega el tiempo, para un discípulo iniciado que no ha dominado su naturaleza de deseos, de volver a la vida terrestre, los Señores del Karma tienen un cuidado especial en darle un cuerpo que posea muchos defectos, un cuerpo absolutamente inapropiado para manifestar los dones previamente adquiridos por el iniciado, y muy a menudo la energía encerrado en los vehículos superiores fluye a través del cuerpo inapto, transformándose en pasión a su paso. En esta forma, un hombre puede llevar una vida vergonzosa durante toda una encarnación a pesar de ser un Iniciado bien versado en los misterios y poseyendo grandes poderes. Se ve obstaculizado por un cuerpo que el Ego necesita para la expiación de sus antiguos errores, *y*

hasta que la medida esté llena y la justicia kármica baya sido satisfecha, el alma deberá contentarse con el humilde lote de un despreciado pecador, aunque pueda ser en realidad el Alma de un Gran Santo. Nos encarnamos en la tierra de acuerdo con nuestro demérito; esto es, que cualquier pequeña falla que tengamos es la que toman en consideración los constructores del cuerpo, para que todas las lecciones sean aprendidas debidamente. Hay un hermoso pasaje en la Qábalah que explica el proceso de la regeneración de la Naturaleza. No puedo repetirlo tal cual, pero indica que cuando algo tiene que ser renovado o regenerado, la fuerza química negativa de la luz asume las riendas y aumenta la fuerza de repulsión dentro del átomo para que venza a su opuesta la *atracción,* y el átomo es entonces repelido v separado de sus vecinos.

Cuando la fuerza positiva o polar de la luz se afirma de nuevo, aumentando la atracción del átomo, éste adquiere nuevas afinidades y se forma una nueva substancia. Esto ocurre con los átomos del plano material y con los del plano espiritual. El estudiante inteligente comprenderá la analogía entre los dos reinos de la Naturaleza y descubrirá muchas cosas sugeridas por esta ilustración.

¿No sucede lo mismo con el alma individual cuando llega el tiempo de renovar su substancia y ser regenerada? ¿No es la carne apasionada y lujuriosa, la naturaleza impulsiva que quiere hacer las cosas que dañan al espíritu, no es ese principio de repulsión el que se pone en movimiento

contrabalanceando el poder atrayente del átomo espiritual?

¡Qué lección para nosotros, para ser bondadosos y pacientes con aquellos en quienes el pecado y los sentidos están todavía dominando! ¡Cómo nos enseña a ver en los caídos sólo a nuestros hermanos más jóvenes en quienes sigue su obra el proceso natural; y a *veces* bien pueden ser nuestros hermanos mayores a quienes la Naturaleza está dando su último toque! Tan pronto como el poder centrípeto de la atracción se afirme de nuevo en ellos, se convertirán en los auxiliadores de su especie, en los Guías y Benefactores de la raza, utilizando sus experiencias para el bien de sus hermanos menos afortunados. Los que pertenecen al rayo místico, que es el rayo del amor, son especialmente débiles ante el principio kármico, porque el amor que fluye a través de sus vehículos se desvía de su camino debido a las pasiones aun no dominadas y vivifica los deseos inferiores. Los que buscan la Unión por el sendero de la acción están menos expuestos en este sentido, pero en ellos, a su vez, el poder que les viene de arriba, si no está controlado, se manifiesta como ira y tiranía. Hasta que el alma no haya adquirido un perfecto dominio de sí misma y de sus cuerpos astral y mental, no puede utilizarse la plenitud del influjo divino de acuerdo con los designios del Espíritu. Tampoco puede nadie obtener el dominio de sí mismo en seguida; se necesita tiempo; el paso de un extremo a otro debe hacerse por un médium. La Naturaleza no da saltos y la transición de la densidad de un plano al otro debe hacerse por gradaciones medidas, como

las gradaciones del arco iris. El progreso, si es sistemático y continuo, será rápido pero no súbito. Entonces, si en obediencia a su instructor con el que está unido por el místico cordón, se desprende el discípulo de sus últimos grilletes *y* concentra su mente y su alma en lo eterno, podrá a su tiempo resistir a los demonios más feroces, aunque sólo sea un manso y dulce caminante en busca de su hogar celestial. Y aun si toda una legión de demonios lo atacara, incluyendo al Archienemigo mismo, el discípulo, que sabe muy bien en quién ha puesto su confianza, se limitará a mirar al Señor que ha entronizado en su corazón purificado, y quedándose perfectamente quieto hará que aquellos que tienen sed de su sangre se inclinen ante la suave presencia del Eterno Amor que nada en el Cielo ni en la tierra puede resistir.

Cuando la conciencia divina se despierta plenamente en el hombre y éste reciba su bautismo de fuego, su lucidez mental es perfecta y trasciende a todo lo conocido tanto por la ciencia como por la filosofía. El hombre regenerado se encuentra "vestido de Sol" y participa de la sabiduría de los otros Logos y de las grandes Inteligencias Espirituales cuyos cuerpos son los planetas y astros visibles.

Los átomos etéricos del cuerpo purificado de un santo están en contacto directo con los estados y espacios espirituales de carácter similar, y lo conectan con esos rayos con los que tienen mayor afinidad. El influjo de esos planos exaltados fue lo que modeló las mentalidades religiosas de los genios de todas las edades Los mártires sa-

caban su energía y su valor de esas esferas, y los Grandes Reformadores recibieron de allí también su dirección. El hombre de poder está ligado a todos esos planos, aunque sea poco conocido en el mundo externo. Es muy difícil para nosotros concebir la grandeza y el esplendor de las cosas pertenecientes a los mundos superiores, debido a la falta de una terminología apropiada para expresarlo. Nos vemos siempre obligados a usar términos relacionados con el mundo físico cuando tenemos que referirnos a los seres y cosas de los mundos suprasensibles. Por lo tanto, debemos tener presente la enorme diferencia que puede producirse al presentar las cosas de esta manera.

Ni la materia ni la mente tienen belleza alguna que les sea inherente; son los elementos pasivos y primordiales en diversos estados de refinación o atenuación, en los que la belleza del espíritu que atraviesa los elementos astrales en ellos, se refleja externamente.

La expansión de un principio en la substancia se manifiesta como vida, y la expresión de una idea en forma se expresa como belleza. Ni el artista ni el inventor crean nada: simplemente descubren o redescubren leyes preexistentes. "La belleza del Macrocosmos se refleja en el microcosmos", dice la Qábalah, pero en el hombre ordinario está corrompida por los elementos en lucha y las tendencias caóticas de la naturaleza inferior. El hombre que ha apaciguado la tormenta y dominado el oleaje de la parte animal en sí mismo, recupera la niñez perdida y con ella recupera también la pureza prístina y la angélica belleza que pertenecen a los habitantes de las esferas celestia-

les. El hombre de poder que ha pasado las iniciaciones del agua, del aire y del fuego, está en *contacto directo con* las fuentes de toda belleza y verdad; es una parte *estructural real* del Gran Cosmos de Sabiduría y Amor, y expresa por medio de su vida sus leyes eternas.

VII LAS PUERTAS

DE LA COMPASIÓN

"Y tú que quisieras dar líbremen -
" te de tu propia sangre para redimír
" a tu hermano y aflojar sus ligadu-
" ras de sufrimiento, sabe que en 1a
' hora de tu supremo deseo Dios ha
" aceptado tu oblación

"Tu amor no volverá vacío, sino
" que de acuerdo con la grandeza de
" su grado realizará tu voluntad, y
" tu tristeza, y tu trabajo serán co-
" mo gracia y bendición en el alma
" que quisiste redimir

"No cuentes como perdido tu su-
frimiento por otras almas, porque "
cada grito es una oración, *y* toda "
oración es poder Sólo el amor re-"
díme, y el amor nada tiene suyo." *El Perfecto Camino*

La gran mayoría de la raza humana no llega a comprender el significado e importancia de la vida. Esto se debe en parte a la vida tan dura que tiene que pasar la mayor parte de la masa, teniendo apenas las cosas más necesarias para la existen -cía. Ocupan la primera parte de su vida en enredar tontamente los hilos de su karma, v necesitan la otra mitad para desenredarlos y volver sobre sus pasos dados en falso. Vivir una vida per-

fectamente ideal es, por supuesto, imposible en. esta edad de hierro, pero el que no logremos establecer algo que se le aproxime es tanto más deplorable si consideramos las posibilidades de mejoramiento de la raza y su progreso bajo condiciones más ideales que las actuales. Hasta ahora los políticos y estadistas han estado diciendo que la aguda competencia comercial tiene un efecto saludable en el cuerpo social y que el número de loa que caen y quiebran como resultado de las exigencias de la lucha, no tiene importancia.

Los economistas sociales favorecen este punto de vista, basando sus juicios en el caos que la Naturaleza crea en los dominios de los débiles e inaptos. Viendo que la Naturaleza no tiene misericordia hacia los que no se bastan a sí mismos en los reinos inferiores, abogan por un estado análogo en el plano de la humanidad. Esta manera de razonar, si se la escuchara, conduciría al aniquilamiento de la especie humana. El punto de vista por el que aboga la filosofía materialista de la vida (pues esos estadistas y economistas lo son (se olvida de que, en el plano de la humanidad, existe un factor diferente que pertenece a un estado de cosas completamente distinto.

Este factor es el alma humana, con sus necesidades, deseos y aspiraciones. Por supuesto, los representantes del materialismo niegan la existencia del alma completamente, y desde su punto de vista, el principio de la supervivencia de los más aptos está completamente justificado. Pero, de cualquier manera, la creencia en la inmortalidad del alma no ha sido desvanecida por la ciencia materialista, y en estos últimos tiempos el núme-

ro de gente espiritualista es cada vez mayor y no menor. Y lo que es más satisfactorio hacer notar es que los estudiantes de la concepción espiritual de la vida salen generalmente de las filas de las clases cultas e instruidas, cuyos miembros tienen cierto ejercítamiento científico. No vacilan en afirmar que sus estudios e investigaciones les han afirmado la fe en lo invisible más que otra cosa.

Ahora bien, para los que contemplan esta vida como un estadio de transición en la vida verdadera, se les está haciendo cada día más difícil aceptar las antiguas normas ortodoxas de adorar a Dios los domingos, dedicando el resto de los días de la semana a oprimir y explotar a sus hermanos. Ellos, los hijos de la Nueva Edad, dicen que quieren hacer consecuente su profesión y obrar de manera que su vida y su religión marchen de acuerdo.

Si el concepto de Dios es la más valiosa posesión de la raza humana, dicen ellos, hagamos la voluntad de Dios en la tierra y tratemos de convertirla en el Cíelo. Tal como está es más infierno que otra cosa, y las personas de buen corazón se niegan a gozar de las comodidades y los lujos mientras los demás pasan hambre y necesidades. Hay muchos que poseen abundantemente de todas las cosas buenas del mundo y que piensan de esta manera, obrando acordemente, pero, en general, la organización de la sociedad es realmente completamente salvaje, y el más fuerte y el más astuto está siempre en la cumbre.

Los observadores cuidadosos de los signos de *los* tiempos pueden, sin embargo, ver el proceso continuo de espiritualización que opera en la so-

ciedad, y están haciendo una especie de conciencia social en todos los países civilizados que desafía al antiguo principio de "cada uno para sí mismo", tratando de suplantarlo por el más humano de "amaos los unos a los otros" y "compartid vuestras cargas unos con otros".

El estudiante concienzudo de la historia ve que nada que no sea una nueva dispensación de amor Divino sobre la humanidad puede evitar el cataclismo social que amenaza nuestra civilización con sus horrores indecibles. Las perturbaciones internas de las naciones, las complicaciones internacionales, la avaricia de los financistas enloquecidos adoradores del oro, la corrupción de los estadistas, y la explotación y opresión del pobre y desvalido, todos estos factores hacen de nuestras naciones civilizadas volcanes humeantes, cuya apariencia exterior parece tranquila y calma, lo que no evita el peligro de una erupción súbita y arrolladora. Si la herencia de las edades incorporada en las realizaciones de la humanidad civilizada, en sus instituciones, en sus tesoros nacionales, no ha de ser destruida por un súbito levantamiento social, nuestros estadistas tendrán que ser más sabios de lo que son. De nada sirve decirle al pueblo que tenga paciencia en sus desgracias sin hacer algo para remediarlas. Todo gobierno digno de ese nombre debe ocuparse de las reformas sociales, y con esto no quiero significar un programa desordenado de medidas a medias, con objeto de amortiguar la sensibilidad de las clases bajas y sus guías. La reforma, si debe cumplir su propósito, tiene que ser sistemática y continua. En los momentos actuales todos los que se preocupan por

la humanidad tienen una oportunidad gloriosa para aunar sus esfuerzos en su obra de redimir a las masas y elevar a los caídos, a los pobres y a los condenados al ostracismo social, redimiéndolos de sus pésimas condiciones de vida y elevándolos a un modo más humano de existencia. Esta crisis en la historia del mundo debe ser especialmente utilizada por los investigadores de la verdad, sin importar nada a qué sociedad pertenezcan, o sus puntos de vista particulares, ni tampoco las doctrinas diversas o creencias. La razón por qué mucha gente bien intencionada fracasa en sus esfuerzos para mejorar a los pobres, es que no saben cuáles son las verdaderas necesidades de las masas. Filántropos ricos gastan millones y millones cada año, pero de nada sirven para combatir el mal de la pobreza o de la degradación. Sí los bondadosos donantes agregaran un poco más de amor a sus donativos de dinero, su trabajo produciría algún fruto, mientras que dados sin amor es casi dinero malgastado.

Toda donación para que ayude realmente debe estar inspirada por el amor y por la sabiduría al mismo tiempo. Si así se hiciera no existiría esa multitud de instituciones inútiles con huestes de no menos inútiles empleados, y, por otra parte, toda necesidad pública urgente sería inmediatamente atendida y toda buena causa encontraría el apoyo requerido. Como están las cosas ahora, las buenas causas no consiguen apoyo porque las fuentes de su sustento han sido absorbidas por las organizaciones convencionales e inútiles. Si existiera un verdadero sentimiento de amor en el corazón de los benefactores, se preocuparían de que sus do-

nativos llenaran el objeto que estuviera de acuerdo con las leyes evolutivas y que mejor satisfaciera la humana necesidad.

Conforme el hombre avanza en el sendero del discipulado, debe reconocer tarde o temprano sus deberes hacia la raza y dedicar sus dotes al bienestar del conjunto más bien que al de una limitada porción del mismo. Su propio crecimiento será acelerado mejor que nada con ese completo olvido que aporta el trabajo desinteresado y altruista. Las cumbres del conocimiento, aun las más altas, nunca ofrecerán un panorama tan hermoso y placentero como el que puede ver el aspirante que contempla al mundo desde la alta torre del servicio humanitario.

Pascal, el gran pensador francés, en sus celebrados "Pensamientos", nos dice que la grandeza del Universo y todos sus esplendores son como nada en comparación con las maravillas de la mente humana y su capacidad para comprender las cosas admirables que contienen los espacios interestelares. Pero, agrega, a pesar de su significado y valor evolutivo, la mente del hombre, con todas sus excelencias, es de poca importancia comparada con la belleza espiritual de un corazón que verdaderamente ama.

Una mayor responsividad de nuestra parte ante la apelación de nuestros menos afortunados hermanos, hará que nuestra propia apelación a los que están por encima de nosotros tengan más fuerza, y al hacer obras de amor y piedad adquirimos así el título necesario para participar de su cualidad cuando de ella necesitemos. Y ¿dónde es-

tá ese orgullo mortal que esté por encima de semejantes emergencias?

Mucho después que las maravillas de los descubrimientos científicos hayan cesado de excitar la imaginación del hombre, y cuando la fortuna, el lujo y el poder no sean más considerados como el fin supremo del esfuerzo humano, quedará todavía abierta esa salida para nuestras energías que puede traernos paz, porque está de acuerdo con nuestra naturaleza superior. Esa salida es el trabajo desinteresado y la servicialidad bondadosa. Cuandoquiera que comencemos esta nueva carrera de utilidad y dejemos de preocuparnos de nada más, salvo la de ser útiles, nuestros años tumultuosos y ruidosos parecerán sólo momentos en el eterno silencio que nos rodeará. Nuestras obras de compasión serán nuestros compañeros mientras permanezcamos en este plano, y cuando de él salgamos, ellas permanecerán, como las antiguas montañas, para testificar nuestra victoria sobre nosotros mismos, como vivientes monumentos que ni el tiempo ni el espacio pueden destruir. Ha habido tales hombres en el pasado y su recuerdo nos ha sido legado a través de los abismos del tiempo como una bendición.

Aquellos que están llamando a las puertas de la compasión deben abrir sus corazones a todo lo que vive y respira; hasta debemos cuidar de no tratar cruelmente a nuestros compañeros de los reinos inferiores.

Debemos dejar de cazar por deporte y de asesinar para entretenernos. No debemos robarle la

vida a ningún ser, ni tampoco su libertad para aumentar la nuestra. Ni tampoco debemos entorpecer las probabilidades que tenga cualquiera de elevarse en la escuela de la evolución con objeto de propender al crecimiento de nuestra propia personalidad. El Pecado de los Atlantes consistió en privar a los menos capacitados seres humanos de sus oportunidades de crecimiento en beneficio de los que eran mentalmente más fuertes y capaces. El futuro de la raza humana depende de la dirección que tomen sus unidades donde se dividen los caminos. Si siguen el sendero de la Luz y obedecen a sus mentores, entonces esta civilización se salvará, pero si repiten el pecado de los Atlantes este planeta compartirá su destino.

La misión del discípulo sobre la tierra es la de proclamar este mensaje en toda dirección: enseñar la buena ley, difundir la buena palabra. Y así como la Naturaleza misma en los reinos inferiores da testimonio de la sagrada ley, así también la voz del hombre regenerado debe darlo en el plano humano. Las puertas de la compasión se abrirán finalmente a la humanidad encarnada, y toda la creación que sufre y gime con sus dolores de parto, será algún día redimida. Entonces el hombre realizará esa felicidad consumada que estaba buscando en vano a través de los ciclos, y la paz, la perfecta paz, reinará en su corazón.

F I N

ÍNDICE

Prefacio	pág.	3
La obscura noche	»	5
La misión del dolor	»	13
Transmutación	»	19
La vida hermosa	»	28
Silencio	»	35
El capítulo del poder . . .	»	45
Las puertas de la compasión	»	50